

**COLOQUIALISMOS LÉXICOS Y FRASEOLÓGICOS
EN «LA ESTANQUERA DE VALLECAS»,
DE JOSÉ LUIS ALONSO DE SANTOS**

Javier GIRALT LATORRE
Universidad de Zaragoza

Introducción

1. Como señala Rafael Lapesa (1963, 193), «no es cosa fácil escribir sobre los cambios lingüísticos que han acontecido o están aconteciendo a lo largo de nuestro decurso vital». Efectivamente, es difícil cobrar conciencia de los efectos que estos fenómenos de superficie producen en la estructura del idioma y descubrir las tendencias internas que orientan su evolución. De estos deslizamientos solamente nos percatamos cuando están consolidados, o cuando han logrado cierta difusión (Lapesa: 1963, 193); y, sin duda alguna, esta situación se acentúa mucho más cuando se pretende analizar el llamado *lenguaje coloquial*, que no se refiere a otra cosa que no sea el lenguaje hablado, tan diferente del lenguaje literario, el cual se encuentra totalmente acomodado a la normativa lingüística.

Por su parte, escribe Francisco Ynduráin Hernández (1964, 2): «Tal lenguaje lo conocemos hoy muy mal [...]. El lenguaje, medio común a nivel de cultura media, es decir, el más extendido y frecuente, apenas lo han empezado a estudiar». Parece ser que hoy esa carencia está quedando subsanada, al menos en parte, gracias a los diversos trabajos que se han ido elaborando, principalmente desde una perspectiva léxica. Sin embargo, sigue

existiendo una menor inclinación dentro de la investigación contemporánea hacia el estudio del «habla» (entendida según la dicotomía saussureana), porque los lingüistas se han ocupado preferiblemente de la «lengua» (Criado de Val: 1980, 13).

2. Por ello, presentamos ahora un breve acercamiento al habla coloquial, aunque sea una vez más a través de un texto literario y no mediante la constatación directa con encuestas orales. No obstante, y en palabras de Lapesa (1963, 205), «el grado de separación entre la lengua escrita y la coloquial depende en todo tiempo del género literario y de las corrientes artísticas que prevalecen en el momento. En la literatura dramática, sólo el teatro poético puede alejarse del nivel coloquial». Por lo tanto, según esta afirmación, parece lícito utilizar una obra teatral para el análisis de algunos aspectos del español coloquial. En este caso hemos escogido *La estanquera de Vallecas*, de José Luis Alonso de Santos (1986/88), representada en 1981 y 1985, y llevada al cine en 1986; una obra calificada de sainete, como otras del mismo autor, aunque la realidad es que esta condición la trasciende el autor con creces, puesto que aparecen diversas líneas de desarrollo, con recurrencias temáticas y técnicas obsesivas que terminan por formar un entramado muy sólido. Es una obra que se refiere directamente a una realidad sociológica que no está enunciada virtualmente en el texto dramático, pero a la que se alude tácitamente a través de la conciencia que de ella tiene el espectador. De esta manera, nos encontramos ante un teatro realista y comprometido, que escapa, desde luego, a la calificación despectiva y simplista de sainete ofrecida por algunos de sus detractores (Cabal: 1986/88, 10-12).

3. La situación de la obra es la siguiente: dos delincuentes habituales, Leandro y Tocho, entran en el estanco donde viven Ángeles y su abuela (la estanquera), con la intención de llevarse el dinero. La inmediata presencia de la policía rodeando la casa hace que ambos atracadores retengan a las dos mujeres en el interior del edificio, hasta que al final se entregan de forma voluntaria, resultando muerto Tocho. Una trama bien sencilla, pero que permite un diálogo en el que se ponen de manifiesto muchos de los problemas sociales del momento.

En este contexto, lo que puede tener un aire de sainete es el lenguaje, como sucede en *Bajarse al moro* (1991), del mismo autor: es el vivo lenguaje de la calle, cuyas unidades no están aún sancionadas por códigos del uso consagrado; todos los personajes vierten sus palabras por el registro coloquial (Tamayo y Popeanga: 1991, 85). El lenguaje coloquial siempre se ve condicionado por el contexto social en el que se encuadra, es decir, el pertenecer a un determinado grupo social conlleva el uso de unos rasgos coloquiales que lo caracterizan y lo diferencian de otros. No obstante, muchos de esos rasgos traspasan el muro que encierra un grupo social, pasando a ser utilizados por otras capas de la sociedad. Precisamente *La estanquera de Vallecas* nos permite acceder a algunas de estas características lingüísticas tan generalizadas en nuestra sociedad, sobre todo entre la población juvenil.

4. Sin embargo, desde un punto de vista diacrónico, el vigor de este lenguaje es efímero, sobre todo en lo que atañe a los planos lexemático y semántico; por ello, es preciso «apuntalar la competencia enciclopédica en futuros lectores de este tipo de obras» (Tamayo-Popeanga: 1991, 86). No ocurre lo mismo con la fraseología, otro constituyente importante del lenguaje coloquial, mucho más fija e invariable que el léxico, que se transmite

de una generación a otra resistiendo más las alteraciones; eso sí, se crean nuevas expresiones acordes con la época y las corrientes culturales preponderantes, que con el tiempo suplen a las ya existentes hasta hacerlas desaparecer. Este tipo de palabras y expresiones están sujetas a modas y a determinadas áreas sociales, con trasvase de unas a otras (Ynduráin: 1964, 2).

De forma general, «el lenguaje coloquial emplea medios de expresión lógicamente superfluos. Pero es que, para reconocerlos en su justo valor, debemos enfocarlos con un criterio en vez de lógico, psicológico, y entonces echaremos de ver que, lo que en la lengua escrita se tildaría con razón de hojarasca o carne fofa, en la hablada cumple funciones no sólo justificables, sino incluso necesarias» (Beinhauer: 1965, 1).

Léxico coloquial

5. Como plantea Criado de Val (1980, 63), «la oposición entre palabras coloquiales y narrativas puede observarse en toda la estructura del coloquio»; la caracterización de un léxico coloquial puede buscarse en la selección de un vocabulario exclusivo (en formas y acepciones), o bien en la frecuencia de palabras comunes. En este trabajo hemos preferido extraer del texto literario todas aquellas voces que por su forma o por su significado podemos considerarlas propias de niveles coloquiales o populares, sin olvidar aquellas que por su uso frecuente tengan una relevancia digna de ser destacada. Y es que el lenguaje coloquial, por oposición al literario, posee un amplio caudal de voces que podemos diferenciar en varios niveles lingüísticos (Daniel: 1980/81, 15):

a) Nivel familiar: de gran colorido, subjetivo, con amplio uso de comparaciones, eufemismos, contrastes, hipérbolos; de tono irónico e informal.

b) Nivel vulgar: está condicionado por factores extralingüísticos, como pueden ser la categoría social de los hablantes; su contenido semántico se refiere casi siempre a temas tabú.

c) Nivel de argot: son las voces propias de los dialectos sociales y de las jergas profesionales, de ámbito muy restringido; en él se incluye el argot de la delincuencia, jerga social y profesional a la vez.

Pero también es cierto que los límites entre estos tres niveles son fluctuantes: primero, porque voces que pertenecen a uno de los niveles señalados, han podido pasar a otros dejando de ser exclusivas de aquél; y segundo, porque el tono o la intencionalidad del hablante pueden modificar por completo el valor de una palabra, cambiando por lo tanto de nivel.

Efectivamente, esto lo podemos comprobar en *La estanquera de Vallecas*, ya que es posible diferenciar dos polos más o menos bien caracterizados: por una parte, la estanquera, en quien apreciamos el uso de un léxico más bien de carácter familiar, muy subjetivo y lleno de ironía (resaltan en ella los usos metafóricos y los eufemismos); por otra parte, el lenguaje de Tocho, el joven delincuente, por cuya boca oímos voces pertenecientes a la jerga de los jóvenes y de la delincuencia (términos del caló, vocablos pasotas, etc.). Pero en ambos personajes observamos la presencia de elementos propios del lenguaje vulgar; y mucho menos nítidos son los límites en el léxico utilizado por los otros dos personajes, Leandro y Ángeles, quienes emplean palabras pertenecientes a todos los niveles.

Por lo tanto, nos parece más acertado en este caso no mantener la diferenciación estricta de los niveles, y preferimos hablar de léxico coloquial en general, dada la imprecisión a la que nos llevaría la división establecida anteriormente. De este modo, vamos a ir analizando los distintos procesos creativos que originan

el léxico extraído de la obra indicada. Advertimos ahora que cada uno de los ejemplos documentados, tanto léxicos como fraseológicos, aparece acompañado del contexto de la obra en el que ha sido registrado; el número que se indica entre paréntesis junto a ese contexto remite a la página correspondiente de *La estanquera de Vallecas* en la edición oportunamente indicada en la bibliografía de este trabajo.

6. En el léxico coloquial, y sobre todo en el argot de la delincuencia, hallamos un importante caudal de términos adaptados del *caló*, o lo que es lo mismo, de la lengua propia de los gitanos. El *caló*, que se vio influido en un principio por la germanía debido a que los gitanos, llegados a España en el siglo XV, pronto se entremezclaron con los estratos inferiores de la población, hizo lo propio posteriormente en el lenguaje de los malhechores españoles; luego, la influencia permeó a todas las capas sociales, incorporándose numerosas voces en el lenguaje popular. Así, resulta especialmente dificultoso delimitar qué términos fueron del argot de la delincuencia antes de pasar a la lengua común, y cuáles se incorporaron directamente, sobre todo a través del dialecto andaluz (Clavería: 1967, 358-360). En la obra de Alonso de Santos escogida no es nada despreciable el número de gitanismos, extendidos ya popularmente. Así, el término *bofia* 'policía' (Besses: 1905/89; Oliver: 1987; León: 1980/81), usado igualmente en el argot catalán (Vinyoles: 1978): "¡La bofia! Ya están aquí los veinte iguales" (p. 27); señala Wagner (1950, 190) que éste es el nombre que el *caló* español da a la policía, y lo relaciona con el término argótico *bufaire* 'delator', derivado de *bufar* 'soplar'; también se da en el argot portugués. Sustantivo de origen gitano es igualmente *peluco* 'reloj' (Besses: 1905/89; Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81; Vinyoles: 1878): «El peluco, que es de oro, me lo juego» (p. 37). Para designar el concepto de 'chica,

muchacha', documentamos dos términos; en primer lugar, *titi* 'persona joven, especialmente mujer' (León: 1980/81; Villarín: 1979; Oliver: 1987): «Si me gusta una titi, pues me gusta» (p. 34); en segundo lugar, *chavala*, procedente del gitano *xabó* (Vinyoles: 1975); no obstante, en nuestro caso adopta el valor concreto de 'novia', 'chica con la que se sale habitualmente': «Que si quieres ser mi chavala» (p. 34).

Adjetivos de origen caló hemos hallado dos. El primero de ellos es *chunga*, cuyo significado general es 'falso, malo' (Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81; Vinyoles: 1978), si bien en el texto tiene la idea de 'enfermo, grave': «Oye, esa tía está chungu» (p. 23). El segundo de estos adjetivos es *gilipollas*, derivado del gitano *gill* 'tonto'; su significado es 'majadero', 'tonto' (Clavería: 1951, 253; Villarín: 1979): «A su mujer, gilipollas, a su mujer, a la suya» (p. 42); «Tú estás gilipollas» (p. 27); «La culpa la tengo yo, Leandro, que soy un gilipollas» (p. 65). Cela (1987, 302) señala que su significado propio es 'tonto de la pija', creación semejante a la de *tonto del culo* o *tonto de los cojones*, con una -s final analógica con la de *bocazas*. Observemos en este ejemplo la tendencia tan general en el lenguaje argótico al uso de términos referentes al sexo para la creación de insultos.

Como forma verbal de procedencia caló registramos *endiñar*, que conserva su primitivo sentido material de 'dar', aunque restringido a 'propinar un golpe' (Seco: 1970, 132); es variante de *diñar*, con el prefijo *en-* (Clavería: 1951, 148-149). En la actualidad solamente se usa con el valor de 'dar un golpe' (DRAE; Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81; Vinyoles: 1978): «Y a ver si todavía no me busco un disgusto por haberle endiñado a ése los golpes por vuestra culpa» (p. 58).

7. En la actualidad, muy unido al lenguaje de la delincuencia está el léxico de la droga; de este modo, nuevas voces se han incorporado a nuestro vocabulario coloquial. En *La estanquera de Vallecas* únicamente encontramos el término *porro* 'cigarrillo de grifa, hachís, marihuana, etc' (Villarín: 1979; Oliver: 1987; Umbral: 1983; León: 1980/81); según Vinyoles (1978), es voz más propia del argot delincuente que del de la droga : «Saca un porro liado del calcetín» (p. 34).

8. El mecanismo más productivo, desde un punto de vista semántico, es la extensión del significado de palabras ya existentes, es decir, la producción de cambios semánticos que aplican valores figurativos a las voces de uso corriente (Daniel: 1980/81, 17). Uno de los procedimientos más importante en la ampliación del significado de los términos es la *metáfora*, en la que, por lo general, los dos referentes no son esencialmente idénticos. Estas metáforas se emplean para lograr un mayor efecto emotivo o estético en el oyente (Kany: 1963/69, 40). Son tres los tipos de metáfora que podemos distinguir:

a) Las basadas en la similitud de apariencia. Esa semejanza puede deberse al color, como sucede en *madero* 'policía' (Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81): «Éste es un madero» (p. 32); «¡La abuela se ha cargado otra vez al madero!» (p. 34). Se debe este remoque al color del uniforme: pantalón beige, camisa de igual color y cazadora marrón (Tamayo-Popeanga: 1991, 112, n. 26). Por el color también se denomina *lecheras* a los coches blancos de la policía (Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81; Umbral: 1983): «Esto se anima, tío. Una, dos, tres... ¡Puff! Más de diez lecheras que traen...» (p. 27).

La similitud también puede originarse en la forma; éste es el caso de *pito* 'cigarrillo' (DRAE; Besses: 1905/89; Villarín: 1979;

Oliver: 1987), que, según Kany (1963/69, 200), es además un ejemplo de homofonía entre *pito* 'tubo' y *pitillo* 'cigarrillo': «¿Queréis un pito? ¿Rubio o moreno?» (p. 43); «¿Quieres un pito?» (p. 55). Y lo mismo sucede con *coco* 'cabeza' (Seco: 1970; Villarín: 1979; Oliver: 1987; Umbral: 1983): «No te vas a dejar comer el coco por el gobernador ¿no?» (p. 44); «¡Bah!, déjalo, no vamos a comernos el coco aquí tú y yo» (p. 54). Igualmente metafórico es el empleo que se hace de la voz *hostia* 'cuerpo de Cristo', con el significado de 'golpe, bofetada' (Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81): «¿Ves como se está ganando un par de hostias?» (p. 45); «Me están dando ganas de darle un par de hostias por muy anciana que sea» (p. 31). Señala Beinhauer (1964/78, 257) que esta palabra, irreverente y frecuentísima, se utiliza con este sentido por estar asociada a la representación de un objeto redondo y aplastado, como también se emplean *torta*, *chuleta* o *galleta*.

Una metáfora que resulta especialmente irónica y humorística es *los veinte iguales* 'la policía', que nos remonta al término *iguales* con el que se denomina a los cupones de la Organización Nacional de Ciegos Españoles (ONCE): "Ya están aquí los veinte iguales" (p. 27).

b) Basadas en la similitud de calidad, actividad o función. En primer lugar podemos citar el término *tabique* 'cabeza', con el que se ha querido reflejar la dureza de la cabeza, y de ahí ha pasado a designar directamente a esta parte del cuerpo (Kany: 1963/69, 27): «¿Está mal del tabique?» (p. 30). Otro ejemplo de este tipo de metáforas es *fregao*, con el significado de 'lance, discusión o contienda desordenada, en que puede haber algún riesgo imprevisto' (DRAE), 'enredo, embrollo, altercado, suceso, riña' (Seco: 1970; Villarín: 1979; Oliver: 1987): «¿Habías estado alguna vez metido en un fregao como éste?» (p. 60). Y para indicar que una

persona es difícil se utiliza la voz *hueso* (Seco: 1970): «Pues sí que hemos dao en hueso con la tía ésta» (p. 22).

Lo mismo ocurre con *rollo* 'discurso, exposición o lectura larga y fastidiosa' (DRAE; León: 1980/81; Oliver: 1987; Villarín: 1979): «Hace señas a Tocho de que le está metiendo un rollo» (p. 63); y con *opio* 'tabaco', no registrada en ninguno de los vocabularios consultados con este significado: «Los obreros de la fábrica compran aquí el opio y son a miles» (p. 24). También la cárcel cuenta con el término metafórico *talego* para su denominación (Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81; Vinyoles: 1978), tomando como referencia el sustantivo castellano *talego* 'saco', dado su carácter cerrado (voz derivada de *talega* 'saco, bolsa, zurrón'): «Y del talego salimos de viejos, si salimos...» (p. 27).

Por otra parte, debemos mencionar dos términos usados para la designación del dinero: *chapa*, que de significar 'moneda estropeada que se usa como tejo' (DRAE), ha extendido su valor refiriendo al dinero en general¹: «Se quiere retirar, la tía. Nos deja sin chapa y no nos quiere dar la revancha» (p. 39); la otra palabra es *pasta*: «¡Señora, la pasta o la mando al otro barrio!» (p. 19); «¡Suelta la pasta y soltamos a tu abuela!» (p. 21).

De las voces analizadas en este apartado, la mayoría se ha consagrado ya en el español común, excepto algún caso como el de *tabique* o el de *los veinte iguales*, aunque son términos que pueden encontrarse en plena fase de expansión.

¹ Tampoco debemos descartar la posibilidad de que tal denominación proceda del juego de idéntico nombre, *las chapas*, en el que se utilizan unas monedas: 'Juego entre dos o más personas, que consiste en tirar por alto dos monedas iguales; si al caer al suelo quedan ambas con la cara hacia arriba, el que las ha tirado gana a todos y sigue tirando; en caso contrario paga todas las puestas y deja de jugar; si resulta cara y cruz, ni pierde ni gana y tira de nuevo' (DRAE).

9. Junto con la metáfora, la extensión de significado se consigue también con las *permutaciones*, término utilizado por Kany (1969, 153) para denominar el proceso por el cual el nombre de un objeto se extiende hasta abarcar una acción que le atañe, una persona o un instrumento que lo produce o está relacionada con él, un momento o lugar asociado a él, una de sus partes, y así sucesivamente. Por ejemplo, puede usarse la materia con la que se ha elaborado un objeto, empleo en el que podríamos encuadrar la voz *chapa* 'dinero', mencionado antes como término metafórico, en la que el metal común con que están acuñadas las monedas designaría al dinero en general: «Nos deja sin chapa y no nos quiere dar la revancha» (p. 39).

Como variante de permutación hallamos algún ejemplo de sinécdoque; así, podemos mencionar *cuartos* 'dinero' (Seco: 1970; Villarín: 1979; León: 1980/81; DRAE): «Sacan el cajoncillo los cuartos y lo ponen en el mostrador» (p. 21); *tricornio* 'guardia civil' (Oliver: 1987; León: 1980/81): «¿Su difunto el del tricornio?» (p. 31). En algunos casos, esa parte se refiere a una cualidad; éste es el caso de *verdes* 'billetes de mil pesetas' (Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81; Beinhauer; 1964/78, 247, n. 85), debido al color verde que presentan estos billetes: «Mete mano por aquí y por allá el chico a la vieja, en el buen sentido, apartando enaguas en busca de la faldriquera donde estén los verdes» (p. 24).

Si en los ejemplos anteriores la parte designaba el todo, también encontramos voces en que el todo refiere a la parte, o el género a la especie; *fajo* 'dinero' es una de ellas, donde la palabra que originariamente significaba 'haz' evoca al dinero por los paquetitos en que se acostumbra a agrupar y ordenar los billetes: «Hay que encontrar el fajo como sea» (p. 22). Sucede lo mismo con *artillería* 'arma de fuego, pistola', que de significar el con-

junto de armamento ha pasado a nombrar una sola arma: «¿Y de dónde ha sacado la artillería la tía ésta?» (p. 31).

10. En ocasiones la extensión significativa no se produce por ninguno de los procedimientos mencionados antes, sino que se ha originado en la similitud de la acción que antes evocaba la voz en cuestión con lo que designa ahora. De esta manera, hay ejemplos en los que observamos una extensión propiamente dicha, es decir, el sentido que tenía primitivamente ha pasado a ser más general; así, *marcha*, que según el DRAE significa '1. acción de marchar // 10. Pieza de música, de ritmo determinado, destinada a indicar el paso reglamentario de la tropa, o de un numeroso cortejo en ciertas solemnidades', se utiliza también con el valor de 'diversión, estilo, forma, encanto, ambiente, juventud, energía, con garra, animación' (Villarín: 1979; Oliver: 1987; Umbral: 1983; León: 1980/81; Vinyoles: 1978): «Algo habrá con marcha» (p. 44). Sucede algo semejante con la voz culta *colega* 'compañero en un colegio, iglesia, corporación o ejército', al adquirir el sentido más general de 'amigo' (Oliver: 1987); ésta es una voz muy general en el léxico pasota (León: 1980/81): «Pues, me lo ha traído un colega de Canarias, que es de confianza» (p. 37). También en *cabrón* se da la ampliación de significado; su sentido originario era 'macho cabrío', y posteriormente a adoptado el de 'quien hace malas pasadas o cabronadas a otro' (DRAE; Oliver: 1987; León: 1980/81): «¡Leandro, cabrón!» (p. 69). Como indica Beinhauer (1964/78, 69), este término se utiliza como insulto generalmente.

Por lo que se refiere al verbo *ligar* 'atar', también ha sufrido una extensión de su significado, puesto que lo registramos con los sentidos de 'hacer conquistas amorosas' (Oliver: 1987; León: 1980/81; Villarín: 1979), y 'robar'; pero ello ha sucedido en detrimento del sentido primitivo a partir del cual se han creado los

demás, ya que no se utiliza, a no ser en un léxico muy cuidado: «¿Te acuerdas cómo nos metíamos en el mar entre los franchutes?, y casi ligamos y todo...» (p. 64); «Ligamos el primer cochazo que pillamos, lo que habíamos cobrado y hale, ¡carretera!» (p. 64).

Hay veces en que la extensión del significado se lleva a cabo transformando un verbo transitivo en intransitivo y reflexivo: *rajarse* 'volverse atrás, acobardarse, desistir de algo a última hora' (DRAE; Seco: 1970; Villarín: 1979; Oliver: 1987): «¡No te rajes, Leandro, joder, no te rajes!» (p. 64); *largarse* 'marcharse, huir' (DRAE; Seco: 1970; Villarín: 1979; Besses: 1905/89; Oliver: 1987): «Lo mejor es largarse ahora mismo antes de que vengan más» (p. 24).

11. Una parte importante del léxico coloquial está constituida por los *eufemismos*, inestables y relativos, supeditados a la época, edad, pueblo, clase social, sexo, lugar; así se explica la existencia de un número ilimitado de sustitutos esporádicos, y de ello se desprende que no se pueda afirmar categóricamente que un sustituto es eufemístico, sino que en un contexto, distribución y situación, es mejor hablar de uso eufemístico (Casas: 1986, 39). Los procedimientos son numerosos, tanto de tipo formal (fonéticos, morfológicos, sintácticos), como de tipo semántico, coincidentes la mayoría con los que se están analizando en este trabajo, aunque no son exclusivos del eufemismo (Casas: 1986, 63).

En *La estanquera de Vallecas* hemos registrado eufemismos que hacen referencia a las siguientes esferas semánticas:

a) La idea de 'matar' se expresa con los verbos *cargarse* (DRAE; Oliver: 1987; Villarín: 1979; León: 1980/81): «¡La abuela se ha cargado otra vez al madero!» (p. 34); *cepillar* (León: 1980/

81; Oliver: 1987; Villarín: 1979): «En parte entonces nos ha salvado la vida con el tiesto, aquí Juana la Loca, aunque luego casi nos cepilla ella a balazos» (p. 31); *rajar* (Oliver: 1987): «¡Quieta condenada, por mi madre que la rajo!» (p. 21).

b) El hecho de morir también tiende a mencionarse eufemísticamente con la voz *palmar* (DRAE; Seco: 1970; Oliver: 1987; León: 1980/81; Vinyoles: 1978; Villarín: 1979; Beinhauer: 1973, 56), que significaba 'dar por fuerza una cosa' en el lenguaje de germanía, y ha adoptado en la lengua coloquial el significado de 'morir, dar por fuerza el alma' (Beinhauer: 1964/78, 357, n. 273): «Hay que pedir un médico que la arregle, no la palme encima y nos la carguemos nosotros» (p. 28).

c) Para indicar el acto de beber en demasía encontramos el verbo *empinar* (DRAE; Iribarren: 1974, 96; Oliver: 1987), elipsis a su vez de la expresión *empinar el codo* (Seco: 1970, 194): «Mira cómo empina. De un trago» (p. 44).

d) La acción de robar se expresa con la voz *limpiar*: «O cuando limpiamos aquel escaparate por la noche» (p. 64).

12. El habla coloquial se caracteriza igualmente por poseer lo que se ha dado en llamar *verba omnibus*, es decir, palabras con un significado extremadamente confuso y general (Casas: 1986, 72); es otro de los procesos que posee el léxico coloquial para la extensión del significado. El vocablo que presenta estas características es *joder*, así considerado por Beinhauer (1964/78, 408-409), con diversos usos y valores en *La estanquera de Vallecas*:

- 'fastidiar' (DRAE; Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81): «¡Cállese y no joda más!» (p. 59); «Anda que el gobernador se habrá quedado bien jodido» (p. 59); «No te jode» (p. 26).

- 'difícil, complicado' (Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81): "La cosa está jodida. No sé qué hacer" (p. 43).

- Interjección de enfado e irritación (DRAE; León: 1980/81): «¡Basta, basta, estése quieta, joder!» (p. 35).

13. Importante es también la formación de nuevas palabras, tanto a nivel de argot como de habla coloquial, lo cual se lleva a cabo principalmente a través de la adición de sufijos a raíces ya existentes; ello puede conllevar cambios semánticos, ya que el resultado modifica o varía el significado del primitivo en algunas ocasiones. Las formaciones documentadas en nuestra obra son las siguientes:

a) *-ata*: sufijo formador de sustantivos, de cómico matiz, que últimamente ha proliferado en medios juveniles, hallando voces como *drogata*, *bocata*, *sociata* (Tamayo-Popeanga: 1991, 101, n. 10); en la obra hemos encontrado la palabra *tocata* 'tocadiscos' (Oliver: 1987; León: 1980/81; Umbral: 1983): «Vuelve con las pastas, el tocata y los discos de la Voz de Su Amo» (p. 44). Podemos observar que el sufijo se añade a la forma abreviada del primitivo: *tocadiscos* - *tocata*, *bocadillo* - *bocata*, *socialista* - *sociata*, etc.

b) *-azo*: sufijo que, unido a un sustantivo, adjetivo o adverbio forma aumentativos de tamaño o calidad. Citemos como ejemplo *cabronazo*, derivado de *cabrón* 'el que hace cabronadas o malas pasadas' (DRAE): «¡Dispara si tienes lo que tienes que tener! ¡Cabronazo!» (p. 21); «¡No ves que es un cabronazo?» (p. 49). Beinhauer (1964/78, 56) indica que es una expresión insultante reforzada mediante el sufijo aumentativo. En equiparable situación se encuentra *mariconazo*, derivado de *maricón* 'sodomita, homosexual', calificado por Beinhauer (1964/78, 55)

como insulto obsceno: «¿Qué le habrá hecho a mi niña el mariconazo éste?» (p. 35).

c) *-eo*: terminación creadora de sustantivos posverbiales. Como ejemplo encontramos el vocablo *mosqueo* 'recelo, enfado' (Villarín: 1979; Oliver: 1987), derivado de *mosquearse* 'enfadarse, resentirse uno por el dicho de otro, creyendo que lo profirió para ofenderlo' (DRAE); a su vez, *mosquearse* se ha formado sobre *mosca*, como exponente ésta de lo pesado (Beinhauer: 1964/78, 267): «¿Se le pasó el mosqueo, abuela?» (p. 46).

d) *-udo*: este sufijo crea adjetivos que expresan alguna cualidad exagerada del sustantivo primitivo; en el caso de *cojonudo* 'magnífico, estupendo, excelente' (Villarín: 1979; León: 1980/81; Oliver: 1987; Cela: 1987), derivado de *cojón* 'testículo', no indica exageración del primitivo, sino que ha extendido su significado hasta expresar la idea del máximo superlativo, olvidándose su valor original: «Él estará tan pancho en una cama cojonuda» (p. 59); «Una cama cojonuda, un cochazo de Dios, una casa de aquí te espero, un dinero todos los meses» (p. 60).

e) *-ar*: sufijo creador de verbos a partir de sustantivos. Hemos registrado la voz *hostiar* 'abofetear, golpear' (Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81), derivada de *hostia* 'golpe, bofetada': «Si nos cogen nos hostian, con gobernador y sin gobernador» (p. 39).

De igual manera, desempeña un importante papel en la formación del léxico coloquial la *composición*; como ejemplo podemos citar *matasanos* 'médico' (Seco: 1970; Besses: 1905/89; DRAE), aplicado generalmente con valor despectivo: «Abres la puerta una rendija para que pase el matasanos» (p. 29). Valor peyorativo tiene también la voz *pocachicha* 'extremadamente

delgado': «Habrás visto el pocachicha éste, la mala leche que tiene» (p. 47).

14. No podemos olvidar tampoco las abreviaciones que se producen, puesto que, si se mantiene dentro de los límites de la claridad, normalmente hace más eficaz la expresión; sus atajos, su economía de esfuerzo y su reticencia sugestiva contribuyen sobremanera a la función comunicativa del habla (Kany: 1963/69, 210). El sistema de abreviación más productivo es la apócope (Daniel: 1980/81, 17):

- *poli* 'policía' (Besses: 1905/89; Villarín: 1979; León: 1980/81): «¡Está durmiendo el poli!» (p. 31); «¡Te dije que olía a poli de aquí a Lima!» (p. 31).

- *tranqui* 'tranquilo' (Oliver: 1987): «¿Qué pasa? ¡Tranqui, Leandro!» (p. 22).

- *caperú* 'caperucita': «Adelante, caperú, la puerta no está cerrada con llave» (p. 29).

15. Debemos mencionar, por otra parte, los préstamos de otras lenguas, ya sea por adopción fonética de términos extranjeros, ya por calcos idiomáticos o traducción de significado (Daniel: 1980/81, 17). La mayoría de estos préstamos cumplen la función de dar nombre a conceptos nuevos, procedimiento especialmente activo en el mundo del deporte; por ejemplo, la voz *grogui* 'atontado, aturdido' (Oliver: 1987; León: 1980/81), procedente del inglés *groggy* (Collins: 1971/88) de idéntico significado referente al boxeo: «Se levanta en medio de la confusión y medio grogui el policía» (p. 35). Otras veces únicamente tienen un uso puramente humorístico, como el término *chérif* 'jefe, policía' (Oliver: 1987), del inglés *sheriff* 'oficial de justicia'

(Collins: 1971/88): «¡Calla que se va a despertar aquí el chérif!» (p. 54).

16. Para finalizar con el léxico, debemos hablar de todas aquellas palabras-eje capaces de generar gran cantidad de acepciones, expresiones y frases. Estas palabras a veces contagian sus formas expresivas al ámbito de otras voces más o menos afines, y originan series sinonímicas o de expresiones paralelas (Daniel: 1980/81, 17-18). En muchas ocasiones, algunos resultan insultantes, pero su uso es frecuentísimo:

- *coño* 'interjección de enfado, extrañeza, contrariedad' (León: 1980/81; Villarín: 1979; DRAE), que ha perdido su valor sexual: «¡Ayuda tú, coño!» (p. 23); «¡Ayúdame, coño!» (p. 22); «Calla, coño, que vas a despertar a ése» (p. 60); «¡Ayer me decías que nos íbamos a comer el mundo, coño!» (p. 67); «¡Sí, coño, sí! Usted porque tiene un estanco!» (p. 67).

- *mierda* 'excrementos' (DRAE): «¡Que te vayas a la mierda!» (p. 69); «Sí a ti, chulo de mierda» (p. 48).

- *joder* (vid. § 12): «Sí a Fidel Castro, ¡no te jode!» (p. 26).

- *leche*: «¡Que se calle, leches!» (p. 66); «Cállese, leche» (p. 41); «¡Qué susto, la leche!» (p. 31); «Habrased visto el pocachicha éste, la mala leche que tiene» (p. 31).

- *coña* 'guasa' (Oliver: 1987; León: 1980/1981; DRAE): «Es que tié coña la cosa» (p. 66).

- *leñe*: «En el tute no se habla. ¡Echa, leñe!» (p. 36).

- *hostia* (vid. § 8) «¡Uy, la hostia!» (p. 25).

- *puta, puto*: «Ha sido ese hijo puta, seguro» (p. 47); «Bueno, ¿y qué?. Nosotros ni puto caso» (p. 60); «A ver si así se está quieta y callada de una puta vez» (p. 23). En los dos últimos ejemplos puede apreciarse que la voz *puta*, con su variante mas-

culina *puto*, aporta un valor intensificativo, de manera que actúan como superlativo de la palabra o la expresión a la que acompañan (Oliver: 1987, 256); el mismo uso intensificador hemos registrado para la palabra *puñetera* (Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81), en el ejemplo siguiente: «¡Te quieres estar quieto de una puñetera vez!» (p. 26).

Fraseología coloquial

17. A caballo entre los niveles léxico y sintáctico, tenemos el fraseológico; en el lenguaje coloquial, en general, poseemos todo un elenco de signos-frase, fórmulas estereotipadas de expresión, no susceptibles de ser a su vez divididas en los elementos que las integran sin lesionar el sentido que entrañan (Tamayo-Popeanga: 1991, p. 90). Se trata de una serie de «expresiones fijas» que no son producidas en cada acto de habla, sino reproducidas, repetidas en bloque. El hablante las aprende y utiliza sin alterarlas ni descomponerlas en sus elementos constituyentes. Según Zuluaga (1975, 226-229), las expresiones fijas pertenecen al habla y no a la lengua, puesto que son productos del discurso, que luego se repiten sin ser modificadas; además, la fijación de estas expresiones es arbitraria desde un punto de vista funcional, ya que tienen la forma que tienen porque así fueron acuñadas por el uso repetido en la comunidad lingüística correspondiente. Esta fijación se manifiesta de diferentes maneras: inalterabilidad del orden de los componentes; invariabilidad de alguna categoría gramatical; inmodificabilidad del inventario de los componentes; e insustituibilidad de los elementos componentes (Zuluaga: 1975, 227). Sin embargo, la capacidad creativa de los hablantes no cesa, de manera que en algunos casos se supera el grado de fijación de estas expresiones alterando sus elementos componentes, aunque el

significado, en definitiva, siga siendo el mismo; un claro ejemplo podemos observar en *La estanquera de Vallecas*, cuando dice Tocho «Venga, a tapar. Que en boca cerrada se dicen menos chorradas» (p. 43), una creación realizada sobre el popular «En boca cerrada no entran moscas».

18. Todas estas frases, en cantidad y variedad extraordinarias, están más en el terreno expresivo que en el puramente léxico, y se basan sobre todo en una serie de recursos y esquemas sintácticos que dan color a la expresión (Daniel: 1980/81, 17). Sin lugar a duda, el mecanismo más productivo es el perifrástico, la creación de expresiones compuestas de un verbo más sus complementos (generalmente directo o circunstanciales), que equivalen a una sola idea y que bien podrían expresarse con una sola palabra; por otra parte, suelen ser expresiones eufemísticas (vid. § 11). De esta forma, hemos hallado en *La estanquera de Vallecas* algunas que hacen referencia a la acción de matar:

- *dar el pasaporte* (Beinhauer: 1973, 156; Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81): «Eso es que nos quieren dar el pasaporte» (p. 63); «Hay una gorda ahí fuera animando al personal para darnos el pasaporte» (p. 26).

- *llevarse por delante*: «Pues yo me llevo a todo el que pille por delante» (p. 63).

- *mandar al otro barrio* (Beinhauer: 1973, 56; Seco: 1970, 208; Oliver: 1987; León: 1980/81): «¡Señora, la pasta o la mando al otro barrio!» (p. 19).

- *mandar al otro mundo* (Beinhauer: 1964/78, 251): «Como vuelvas a poner las manos encima de la niña, te mando al otro mundo» (p. 34).

- *saltar la tapa de los sesos* (Beinhauer: 1964/78, 255): «¡El dinero o le salto la tapa de los sesos!» (p. 21).

Otras expresiones eufemísticas hacen referencia a las más diversas acciones; así, el acto de pagar o entregar el dinero se indica con *soltar la pasta* (Beinhauer: 1964/78, 247, n. 85; León: 1980/81): «¡Suelta la pasta y soltamos a tu abuela!» (p. 21). El trago de bebida alcohólica se expresa con *meterse un lingotazo entre pecho y espalda* (Beinhauer: 1973, 56; Oliver: 1987; León: 1980/81): «Sirve chinchón Ángeles en las copas y se meten un lingotazo entre pecho y espalda, de esos que dan buen consejo al que lo ha de menester» (p. 43). *Darse el piro* significa 'fugarse, escaparse' (Villarín: 1979; León: 1980/81; Oliver: 1987): «Bueno, separado, que se dio el piro con uno que valía más que yo» (p. 56); el sustantivo *piro* es un derivado del gitanismo *pirarse* 'escapar' (Wagner: 1950; Clavería: 1951, 157; Beinhauer: 1964/78, 277), que solamente se registra utilizado en esta expresión y no en solitario: «Si nos ponen un taxi nos damos el piro» (p. 62). 'Reconvenir, regañar duramente, llegando incluso a la agresión física' es el sentido de la expresión *poner a caldo* (Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81): «Por un montón de calderilla nos van a poner a caldo» (p. 27); con el valor de 'asaltar, entrar a la fuerza', se emplea la frase *entrar a saco*: «Como les dé a éstos por entrar a saco vamos a pagar, como siempre, los que menos culpa tenemos» (p. 55); *darle a algo* equivale a 'tener la costumbre o el hábito, practicar' (Beinhauer: 1964/78, 354; Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81): «¡Le das a esto tú?» (p. 34); y *armar la de Dios* significa 'organizar alboroto, escándalo' (Seco: 1970, 356; Beinhauer: 1973, 57; Oliver: 1987; León: 1980/81): «¡No se muevan o se va a armar aquí la de Dios!» (p. 32).

Algunas de estas frases resultan realmente ingeniosas y humorísticas; por ejemplo, el hecho de gritar se expresa con *arrancar por peteneras*: «La abuela, que se ha quedado un momento como petrificada, se arranca por peteneras, se pone a dar unos gritos que pa qué» (p. 20); o para indicar que alguien se aparta del asunto que se está tratando se recurre a *andar por los cerros de Úbeda* (Seco: 1970, 323; Iribarren: 1974, 39-40): «Se levanta en medio de la confusión y medio grogui el policia, y habla con voz de andar por los cerros de Úbeda» (p. 35). Dos son las expresiones utilizadas en la obra para indicar la preocupación de alguien por algo; nos referimos a *quemarse el molino y comerse el coco* (León: 1980/81): «¡Bah! déjalo, no vamos a comernos el coco aquí tú y yo, a quemarnos el molino» (p. 54). Además, *comer el coco*, no reflexivo, tiene el valor de 'convencer a alguien de algo' (Villarín: 1979; Oliver: 1987; León: 1980/81; Umbral: 1983): «No te vas a dejar comer el coco por el gobernador, ¿no?» (p. 44). Otras frases de este tipo son *mover el esqueleto* 'bailar' (Oliver: 1987; León: 1980/81): «Empiezan los dos chavales a mover el esqueleto, paso va, paso viene» (p. 46); y *verse el plumero* 'descubrir las intenciones de alguien' (DRAE; Iribarren: 1974, 273): «Aquí, vuestro compañero, el Jerónimo, que se ha puesto a hacer señales, pero se le ha visto el plumero» (p. 50). Mencionemos también *cagarse por la pata abajo*, con el sentido de 'atemorizarse, acobardarse' (Oliver: 1987; León: 1980/81): «Si yo estoy en Alemania y la oigo, es que me cago por la pata abajo» (p. 47); en este caso concreto adquiere el matiz de 'emocionarse'. Y *ser la hostia* equivale a 'ser el colmo' (Oliver: 1987; León: 1980/81): «Esta tía es que es la hostia» (p. 37).

Por otra parte, el rechazo y el desprecio se expresan con frases que integran palabras que conllevan connotaciones obscuras o despectivas; tal es el caso de *menársela algo a alguien* 'traerle algo sin cuidado' (Oliver: 1987; León: 1980/81): «¡Tú a

mí me la meneas! ¿Oyes tú? ¡Me la meneas!» (p. 48); obsérvese la presencia de la voz *meneársela* 'masturbarse', que en el conjunto de la expresión ha perdido su valor original, y la tendencia a emplear voces que hacen referencia a la esfera semántica del sexo, como ya se indicó en el léxico. Otros ejemplos son *ir a hacer puñetas* 'despedir violentamente a alguien' (Beinhauer: 1964/78, 263; Oliver: 1987; León: 1980/81): «¡Anda y vete a hacer puñetas!» (p. 41); *irse a la mierda*, con el mismo sentido que la anterior: «¡Que te vayas a la mierda!» (p. 69). Podemos añadir que para expresar la negación se emplea *no gustar un pelo* 'desagradar': «Este tío no me gusta un pelo» (p. 30); propiamente se trata de un refuerzo de la negación.

19. Las comparaciones constituyen otro de los procesos conformadores de frases fijas, aunque en *La estanquera de Vallecas* es mucho menor el número de casos en comparación con los anteriores. De este modo, podemos citar dos expresiones de tipo comparativo:

- *estar más buena que el pan* 'tener un cuerpo sexualmente atractivo' (Beinhauer: 1964/78, 297; León: 1980/81): «Oye, ¿y a ti te ha dicho alguien que estás más buena que el pan?» (p. 33).

- *estar más claro que el agua* 'evidente' (Sbarbi: 1873/1980, 19): «Lo que tenéis que hacer es entregaros y dejaros de historias. Está más claro que el agua» (p. 19).

20. Dentro de la fraseología actual, son muy abundantes las expresiones ponderativas; resultan frases afectivas de cantidad aplicadas generalmente a ideas abstractas, como llamada de atención sobre lo que se va a decir, resaltando la cantidad o intensidad de lo expresado (Díaz: 1985, 205). En este tipo de expresiones se encuadra *que pa qué* 'de manera que asusta', usada tanto en

sentido positivo como negativo (Seco: 1970, 482): «La abuela, que se ha quedado un momento como petrificada, se arranca por peteneras, se pone a dar unos gritos que pa qué» (p. 20). Sin embargo, la mayoría de los ejemplos atestiguados se presentan introducidos por la preposición *de* seguida de otras palabras:

- *de cuidado* 'grave, peligroso' (DRAE; Oliver: 1987): «Mire a la vieja a ver si es de cuidao lo que tiene» (p. 30).

- *de aquí te espero* 'muy grande' (León; Beinhauer: 1964/78, 294): «A una seña se lanzan al llo amaneciendo en las manos del más joven un pistolón de aquí te espero» (p. 19); «Una cama cojonuda, un cochazo de Dios, una casa de aquí te espero, un dinero todos los meses» (p. 60).

- *de Dios*, usado como indicador de gran tamaño y buena calidad (Seco: 1970, 356; Iribarren: 1974, 49; Beinhauer: 1964/78, 57): «¡No se muevan o se va a armar aquí la de Dios!» (p. 32); «Una cama cojonuda, un cochazo de Dios, ...» (p. 60); «No se muevan o se va a armar aquí la de Dios!» (p. 32).

La ponderación puede ponerse de manifiesto también mediante una frase consecutiva, según señala Beinhauer (1964/78, 331); así lo comprobamos en «La cosa se pone *que arde*» (p. 24).

21. No podemos dejar de hablar tampoco de los dialoguismos, las frases proverbiales, los modismos y los refranes, según la terminología de Julio Casares, tan abundantes y utilizados en el habla coloquial.

Entendemos por *dialoguismos* aquellas muletillas que se añaden a ciertas frases para señalar la ironía con una contradicción implícita o una hipérbole (Casares: 1969, 95); se corresponden estas frases con lo que Ynduráin (1967, 290) denominó *timos*, haciendo alusión a los dichos agudos, a la réplica ingeniosa y

rápida. Como ejemplos de dialoguismos hemos atestiguado los siguientes:

- a) LEANDRO: La cosa está jodida. No sé que hacer.
TOCHO: *De momento un saco de cemento*. Nos tomamos un copazo de anís a la salud de la abuela y nos ponemos bien, ¿no?. (p. 43)
- b) TOCHO: El peluco que es de oro. Me lo juego.
ABUELA: ¿A ver? (lo coge).
ÁNGELES: ¿Preparo cafés, abuela?
ABUELA: *Sí, de oro del que cagó el moro* (se lo devuelve) (p. 37).

Obsérvese en ambos casos la rima que se establece entre dos de los elementos constitutivos de las frases, hecho que, sin duda, favorece su inalterabilidad y repetición.

Por otra parte, contamos con las *frases proverbiales*, entidades léxicas autónomas que siempre refieren algo que se dijo y se escribió, y su uso en la lengua tiene el carácter de una cita, de una recordación, de algo que se trae a cuento ante una situación que de algún modo se asemeja a la que dio origen al dicho. Su valor expresivo no está en las imágenes que pueda contener, sino en el paralelismo que se establece entre el momento actual y el pretérito, evocado por determinadas palabras (Casares: 1969, 190); éste es el caso de «¡Bah!, pase lo que pase, *más se perdió en Cuba*» (p. 60).

22. Destaquemos igualmente la importancia de los llamados *modismos*, expresiones peculiares de una lengua, generalmente difíciles de traducir a otra, en las que puede no respetarse la

norma gramatical. El modismo no se sitúa libremente en la frase ni se usa con la libertad de las locuciones; el modismo necesita de un resorte, algo que le de pie para aparecer; sin embargo, no existe una distinción clara entre el modismo, la locución y la frase proverbial. Lo esencial del modismo parece estar en el nivel de su empleo: el lenguaje coloquial, o el literario que trata de no usar un lenguaje artificial, así como su dependencia de las modas de las épocas, y en la vitalidad de su significado (Casares: 1969, 205-242). En *La estanquera de Vallecas* hemos localizado los modismos siguientes:

- *lo que faltaba pal duro*: expresión con que se alude a un problema adverso o dificultad que sobreviene inesperadamente a otros anteriores (León: 1980/81, 67): «Oye, no me la habrá dejado embarazada el pistolero éste. Era lo que me faltaba pal duro» (p. 56).

- *acordarse de Santa Bárbara cuando truena*: modismo con el que se expresa la acción de intentar poner remedio a algo solamente cuando está sucediendo o cuando ya ha sucedido: «Lo que hay que hacer es trabajar, y ser como Dios manda, y no andar por ahí asesinando y robando y luego acordarse de Santa Bárbara cuando truena» (p. 58).

- *dar vela a alguien en un entierro*: expresión familiar con que censuramos que una persona se meta en asuntos que no le importan, o tome parte en un acto o conversación a que no ha sido llamado. Proviene de la costumbre de dar vela la familia del difunto a los amigos de éste que acudían al entierro (Iribarren: 1974, 153): «A usted quién le ha dado vela en este entierro, ¿eh?» (p. 65).

- *colgar a alguien el muerto*: achacar o imputar a otro la culpa de lo que no ha hecho; su origen data de la Edad Media (Iribarren:

1974, 93): «Si nosotros no hemos sido... A ver si nos van a colgar a nosotros el muerto, ¡no te jode!» (p. 26).

- *darla con queso*: engañar a alguien mediante algún ardid o trampa (Iribarren: 1974, 253):

ABUELA: Sí, de oro del que cagó el moro (*Se lo devuelve*).

TOCHO: Pues me lo ha traído un colega de Canarias, que es de confianza.

ABUELA: Pues *te la ha dado con queso*. (p. 37).

- *ojo al parche*: expresión con la que se indica a otro que preste atención o tenga cuidado (Oliver: 1987, 213): «Que pase. Ojo al parche. Tocho, que éstos se las saben todas» (p. 29).

23. Finalmente, no podemos olvidar en el lenguaje coloquial el empleo de los *refranes*, llegando en ocasiones a un uso abusivo. Entendemos por refrán «una frase completa e independiente, que en sentido directo o alegórico, y por lo general de forma sentenciosa y elíptica, expresa un pensamiento a manera de juicio, en el que se relacionan por lo menos dos ideas» (Casares: 1969, 192). El refrán es artificioso, mientras que la frase proverbial es espontánea. Los refranes localizados en *La estanquera de Vallecas* son éstos:

- «Habría que ponerle a este hombre unos paños en vinagre, para que se le baje la hinchazón. *Por un sin querer han pagado justos por pecadores*» (p. 32).

- «Pues si que... *más vale solo que mal acompañado*» (p. 56).

- «*Es más el ruido que las nueces*, y en un momento a pisotones van acabando con el naciente fuego» (p. 47); señala

Iribarren (1974, 221-222) que este refrán indica tener poca sustancia o ser despreciable una cosa que aparece como grande o de cuidado, tener una cosa en realidad menos importancia de la que le atribuimos, dejándonos llevar por las apariencias.

- "No es por ponerme en las malas, pero *más vale un por si acaso...*" (p. 56).

- «¡Qué me va a pasar a mí! *Hierba mala...*» (p. 54).

24. Observamos en los dos últimos refranes anteriores lo que Díaz (1985, 268 y ss.) llama «economía expresiva». En los refranes y en los modismos se dan elipsis aparentes, en las que el hablante no procura revitalizar una construcción desgastada, sino que, al ser conocida, se limita a enunciar una parte de la misma; con ello se consigue un doble efecto: de un lado, se evita el enojo del oyente por tener que oír algo muy conocido; de otro, al dejar la frase incompleta se hace una llamada a su atención, sacándolo de su pasividad, haciéndolo partícipe. Como señala Zuluaga (1975, 244), «gracias a la fijación, no toda expresión fija, utilizada efectivamente en el discurso, requiere ser citada en su totalidad sino sólo en parte». En el caso de nuestros refranes, las frases completas son «Más vale un por si acaso que un quien pensara», y «Hierba mala nunca muere»; pero ha bastado mencionar expresamente una sola parte para evocarlos completamente. Otros casos en los que se recurre a esta técnica de la economía expresiva son: «¡La madre que la...!», otra que nos ganan» (p. 36); «¡Me voy a cagar en...!» (p. 45); «¡El mal genio que tiene la...!» (p. 69); «¡Si es que me tiene ya hasta los...!» (p. 23).

Consideraciones finales

25. Hemos presentado en este trabajo una pequeña muestra del léxico y de la fraseología que actualmente se emplea en el habla coloquial. Ya indicamos al principio que preferíamos hablar de lenguaje coloquial de una forma general, más que de argot o jerga, puesto que la mayoría de los ejemplos extraídos de *La estanquera de Vallecas*, aunque procedan del argot, se han generalizado en el habla actual peninsular, sobre todo entre los jóvenes, por lo que era preferible no particularizar, sino generalizar.

Se ha comprobado que el léxico y las frases o expresiones de tipo coloquial se fundamentan esencialmente en el ingenio y en el humor, siendo fuente inagotable de nuevas creaciones, «a veces individuales y ocasionales, incluso de existencia muy fugaz, pero tan frecuentes y de tal vitalidad que hace pensar en un rasgo acusado del carácter español» (Daniel: 1980/81, 20). La formación de nuevos términos viene dada casi exclusivamente a través de la adopción de gitanismos (*chavala, endiñar, gilipollas, chungu*, etc), léxico de la droga (*porro*), algún préstamo (*grogui, chérif*), la sufijación (*tocata, mosqueo, cojonudo*, etc), y la composición (*matasanos, pocachicha*). En los demás casos hay que hablar propiamente de cambios semánticos en voces ya existentes en el acerbo léxico del español. Todos los ejemplos que hemos documentado en la obra son casos de extensión de significado; ello se consigue a través de la metáfora (*madero, lecheras, pito, coco, tabique, fregao, rollo, talego*, etc.), las permutaciones de significado, sobresaliendo la sinécdoque (*cuartos, tricornio, verdes, fajo, artillería*); en otras ocasiones se llega a una extensión de una palabra por analogía significativa (*marcha, colega, ligar, largarse*). El eufemismo constituye otro de los procesos importantes en la ampliación de significado, sobre todo en determinadas esferas semánticas: muerte (*palmar*), matar (*cargarse, cepillar, rajar*), la

bebida (*empinar*). Por último, en el léxico se advierte la presencia de las «palabras omnibus», como *joder*, con un significado amplio y confuso, junto con las «palabras-eje» usadas en numerosas acepciones, expresiones y frases (*coño, mierda, leche, coña, leñe, hostia, puta, puñetera*).

Por lo que respecta a la fraseología, además de la importancia que también adquiere el eufemismo a través de construcciones de tipo perifrástico (*mandar al otro barrio, dar el pasaporte, llevarse por delante, poner a caldo, darse el piro*, etc.), destacan las expresiones ponderativas (*que pa qué, de cuidado, de aquí te espero, de Dios*), los dialoguismos (*de momento un saco de cemento, oro del que cagó el moro*), las frases proverbiales (*más se perdió en Cuba*), los modismos (*darla con queso, colgar a alguien el muerto, dar vela a alguien en un entierro*, etc.), y los refranes.

26. De manera general, en el habla coloquial existen unos conceptos-eje (Daniel: 1980/81, 18), que atraen multitud de sinónimos alrededor de unos campos semánticos muy concretos:

a) matar: *rajar, cargarse, cepillar, dar el pasaporte, mandar al otro barrio, mandar al otro mundo, saltar la tapa de los sesos, llevarse por delante*.

b) morir: *palmar*.

c) la policía: *bofia, los veinte iguales, madero, talego, tricornio, artillería, poli, chérif, lecheras*.

d) el dinero: *pasta, soltar la pasta, chapa, cuartos, verdes, fajo*.

e) golpear: *endiñar, hostia, hostiar, poner a caldo*.

f) beber: *empinar, meter un lingotazo entre pecho y espalda*.

g) partes del cuerpo (la cabeza): *tabique, coco, comer el coco, quemarse el molino.*

h) insultos: *cabrón, cabronazo, mariconazo, hija puta, pocachicha.*

i) huir: *largarse, darse el piro.*

j) robar: *ligar, limpiar.*

k) pelea: *fregao, armar la de Dios.*

l) sexo (si bien esas voces han modificado su significado original): *coño, cojonuda, meneársela, cabrón, mariconazo, puta..*

27. En definitiva, desde un punto de vista léxico y fraseológico, el lenguaje coloquial presenta una riqueza digna de ser considerada y analizada, sobre todo cuando sabemos que una de sus características fundamentales es la rapidez con que se abandonan las voces y las expresiones por otras nuevas, aunque las frases sean más resistentes al cambio por su fijación. Esta constante renovación debe despertar en los lingüistas un mayor interés por nuestra habla coloquial, realizando estudios, ya no sólo a través de los textos escritos, sino trabajos de campo, encuestas que permitan establecer una caracterización global, de todos los planos lingüísticos. Y debe tenerse en cuenta algo más: la estratificación que se realiza en los diccionarios es artificial; «las personas cuando se comunican entre sí emplean espontáneamente el lenguaje prescindiendo de divisiones entre lengua normativa, argot, lenguaje coloquial, etc. Y es que el habla coloquial no existe como entidad salvo en el cerebro de quienes estudiamos el lenguaje» (Daniel: 1980/81, 16).

OBRAS CITADAS

Alonso de Santos, José Luis (1986/88): *La estanquera de Vallecas*, Madrid, Ediciones Antonio Machado

Alonso de Santos, José Luis (1991): *Bajarse al moro*, Madrid, Cátedra, ed. de Fermín Tamayo y Eugenia Popeanga.

Beinhauer, Werner (1964/78): *El español coloquial*, Madrid, Gredos.

Beinhauer, Werner (1965): «Dos tendencias antagónicas en el lenguaje coloquial español (Expresiones retardarias, comodines, muletillas y expletivos)», *Español Actual*, 6, pp. 1-2.

Beinhauer, Werner (1975): *El humorismo en el español hablado*, Madrid, Gredos.

Besses, Luis (1905/89): *Diccionario de argot español*, Barcelona, (ed. facsímil de la Universidad de Cádiz).

Cabal, Fermín (1986/88): Prólogo a *La estanquera de Vallecas*, de J. L. Alonso de Santos, Madrid, Ediciones Antonio Machado.

Casares, Julio (1969): *Introducción a la lexicografía moderna*, Madrid, R.F.E. Anejo LII.

Casas, Miguel (1986): *La investigación lingüística. Mecanismos del eufemismo y disfemismo*, Universidad de Cádiz.

Cela, Camilo José (1987): *Diccionario secreto*, 3 vol., Madrid, Alianza-Alfaguara.

Clavería, Carlos (1951): *Estudios sobre los gitanismos en español*, Madrid, C.S.I.C.

Clavería, Carlos (1967): «Argot», *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, II, Madrid, C.S.I.C.

Collins (1971/88): *Collins. Diccionario español-inglés, English-Spanish*, Barcelona, Grijalbo.

Criado de Val, Manuel (1980): *Estructura general del coloquio*, Madrid, C.S.I.C.

Daniel, Pilar (1980/81): «Panorámica del argot español», en *Diccionario de argot español* de Víctor León, Barcelona, Alianza Editorial, pp. 7-27.

Díaz Padilla, Fausto (1985): *El habla coloquial en el teatro de Antonio Gala*, Universidad de Oviedo.

DRAE (1984): Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid.

Iribarren, José M^a (1974): *El porqué de los dichos*, Madrid, Editorial Aguilar.

Kany, Charles (1963/69): *Semántica hispanoamericana*, Madrid, Aguilar.

Lapesa, Rafael (1963): «La lengua desde hace cuarenta años», *Revista de Occidente*, 8 y 9, pp. 193-208.

León, Víctor (1980/81): *Diccionario de argot español y lenguaje popular*, Madrid, Alianza Editorial.

Oliver, José Manuel (1987): *Diccionario de argot*, Madrid, Ed. Sena.

Otero Seco, Antonio (1968): «Notas para un vocabulario argótico de la mala vida», *Études Ibériques*, III, pp. 55-63.

Rebolledo, Tineo (1909/88): *Diccionario gitano-español y español-gitano*, Barcelona (ed. facsímil de la Universidad de Cádiz).

Sbarbi, José M^a (1873/1980): *Florilegio o ramillete alfabético de refranes y modismos*, Madrid, ed. facsímil.

Seco, Manuel (1970): *Arniches y el habla de Madrid*, Madrid-Barcelona, Alfaguara.

Tamayo, Fermín y Popeanga, Eugenia (1991): Introducción y edición de *Bajarse al Moro* de J. L. Alonso de Santos, Madrid, Cátedra.

Trinidad, Francisco (1969): *Arniches, un estudio del habla popular madrileña*, Madrid, Ed. Góngora.

Umbral, Francisco (1983): *Diccionario cheli*, Barcelona, Grijalbo.

Villarín, Juan (1979): *Diccionario de argot*, Madrid, Ed. Nava.

Vinyoles, Joan (1978): *Vocabulari de l'argot de la delinqüència*, Barcelona, Ed. Llengua Viva.

Wagner, Max Leopold (1950): «Apuntaciones sobre el caló bogotano», *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, VI, pp. 181-213.

Ynduráin, Francisco (1964): «Sobre el lenguaje coloquial», *Español Actual*, 3, pp. 2-3.

Ynduráin, Francisco (1965): «Más sobre el lenguaje coloquial», *Español Actual*, 6, pp. 3-4.

Ynduráin, Francisco (1967): «Sobre madrileñismos», *Filología Moderna*, 27-28, pp. 287-297.

Zuluaga, Alberto (1975): «La fijación fraseológica», *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, XXX, pp. 225-2248.